



J. Arphe

Este eminente artista español nació en la ciudad de Leon, por los años de 1524. Es muy digno de ocupar uno de los primeros puestos en las artes españolas. Fué tan aventajado en la platería, que dedicándose despues al dibujo y la pintura, hizo tan rápidos adelantos en el primero, que se le considera como escultor muy distinguido. No contentándose Arfe con guardarse para sí sus conocimientos, los dió á la prensa con el nombre de *Varia commesuracion*. Libro muy conocido entre los pintores, y en el cual

encuentran escelentes máximas de dibujo, simetría anatomía y musculacion; si del cuerpo humano como de diferentes animales, trata en el mismo libro de los cinco órdenes de arquitectura, con sumo ácierto, acompañándolo de singulares noticias de antiguos y modernos profesores y precediendo á todo esto muy importantes reglas de geometría y de los círculos de la esfera, relojes horizontales, y las tablas de los grados y auras de España.

Su abuelo y padre fueron ambos plateros; el pri-

9 DE JULIO DE 1848.

mero ejecutó las custodias de las iglesias de Leon, Toledo, Córdoba y Sahagun, sin otras muchas piezas muy singulares: y su padre hizo con todo el gusto del renacimiento las custodias de Santiago de Galicia, Medina de Rioseco, y las andas de la de Leon, pero en todas estas obras no hay la elegancia de dibujo y el buen gusto que preside en las del hijo, de quien nos ocupamos, como puede verse en las célebres obras que tiene repartidas en diferentes puntos de la monarquía. Siendo las mas notables la custodia de la Catedral de Sevilla, y muy particularmente la de Avila, que agrega á su esbelto dibujo el estar llena de infi-

nidad de figuras perfectamente dibujadas y talladas con suma lipieza. El convento de la orden de predicadores de S. Pablo de Burgos tenia muchas alhajas de platería de tan grande artista.

Al fin de su vida escribió un libro titulado el *Quilator*, de grande utilidad para la platería y ensayadores de moneda: ofreció escribir de la perspectiva en el prólogo de sus libros, pero no se tiene noticia cierta de que llegase este caso, aunque poseia vastos conocimientos en este ramo.

Murió en Madrid despues de haber residido mucho tiempo en Valladolid, en el año de 1595.



CUENCA.

Las señales de antigüedad que ofrece esta ciudad han apoyado á algunos que se han ocupado de su origen para elevarlo á los mas distantes tiempos tratando de acrecentar sus excelencias; pero si bien ofrece esta poblacion señales de muy remoto origen nada puede decirse de ella mas allá de la dominacion agarena, pues aunque por la importancia con que entra á figurar desde luego en la historia de la España musulmana puede conjeturarse tambien ser muy anteriores su origen y consideracion política, nada se sabe de ella con el carácter de verdad que al historiador es apetecible. Tiene asiento Cuenca en una colina ó elevado cerro, todo de piedra viva, entre otros dos mucho mas altos, de los que la separan grandes sinuosidades nombradas Hozes por donde corren los rios Jucar y Huercar.

Estuvo cercada de murallas, pues en lo antiguo se hallaba muy fortificada, habiendo aumentado lo ventajoso de su situacion con obras de defensa: seis puer-

tas principales y tres postigos facilitan la entrada en la poblacion, estos últimos se hallan cerrados desde la última guerra.

Los edificios no son suntuosos, pero sí muy elevados, y superándose los unos á los otros por la situacion del terreno, forman á la vista, mirados desde fuera, una pirámide ó piña de casas. Las calles son estrechas torcidas y penosas por sus grandes cuestas, no obstante que en estos últimos años se han suavizado mucho las principales; la plaza mayor no tiene mérito por su desigualdad; en uno de los frentes se halla el convento de religiosas justinianas que no ofrece otra cosa notable que su fachada, en el otro estan las casas consistoriales edificio que la dá algun realce así como la catedral que está situada al último del lado derecho; este edificio como el mas notable que encierran los muros de Cuenca merece que nos detengamos en su descripcion.

Cuenca fué conquistada á los moros por el rey

D. Alonso el VIII el día 24 de setiembre de 1177, y desde luego se dedicó á fundar una iglesia catedral, que es la que en la actualidad existe: tiene de longitud por su interior 312 pies, y 140 de latitud por el crucero. Su ordenacion es del género gótico, repartida en tres naves desde la entrada hasta el crucero con otras cinco desde este punto formando semicírculo con las dos laterales alrededor de la capilla mayor; por fuera de aquellas sigue un orden de capillas que con sus macizos y la materia de cantería de que se compone toda la fábrica interior y exterior, la constituyen de mucha solidez y firmeza. La torre es bastante elevada y termina en un Giraldo de mas de dos varas de altura; en ella hay un reloj con dos campanas para las horas á mas de otras cinco para anunciar las festividades y oficios divinos: á la subida de dicha torre se encuentra otro reloj cuyas muestras salen á la iglesia, y en ellas se vé una que señala las horas, otra los días y meses, figurando otra una luna que marca perfectamente los cuartos crecientes y menguantes. Los ornamentos son riquísimos y de mucho costo y lujo, y antes de 1837 en que se recojieron parte del oro y plata que tenían las iglesias, las alhajas de esta eran de no comua mérito y valor.

Infinitas son las bellezas que contienen las capillas de este templo, y dando principio por el lado de la derecha se encuentra la de la pila bautismal, en cuyo retablo sobresale la imágen de Santa María Magdalena de escultura. Sigue la de Nuestra Señora del Pilar construida por el canónigo D. Diego Lujando en el año de 1770 en el sitio donde estuvo una de las puertas de la iglesia, llamada de los Angeles; despues está la de los Apóstoles, fundada por D. García de Osorio, chantre y canónigo de esta catedral: todo el material empleado es piedra blanca adornada con labores de mucho mérito; despues vese la de S. Andres y S. Antolin, fundadas por D. Juan de Cabrera hermano del primer marques de Moya; en el crucero de este lado se encuentra una capilla dedicada á S. Julian con comunicacion al palacio episcopal, su fundacion es muy antigua; inmediata á ella hay un altar de madera dedicado á Santa Ana, de órden corintio, con una inscripcion latina en memoria de la peste que hubo en esta ciudad en tiempos del papa Urbano IV; mas adelante y hasta la puerta por donde se comunica este templo con las casas episcopales, hay cuatro lápidas con efgies de hajo relieve de otros tantos obispos con las inscripciones de *R. Dominus D. Yañez, primo Episcopus Conchensis R. Dominus Lupus IV Episcopus Conchensis R. Dominus Petrus Laurentius VIII, Episcopus Couchensis* y la última *Dominus García III, Episcopus Conchensis*; al lado opuesto de dicha puerta está la capilla de S. Martin, cuyo patrono es el conde de Toreno; inmediata á la anterior vese la de la Asuncion de Nuestra Señora y á continuacion dos altares; uno dedicado á Nuestra Señora de Guadalupe y el otro al Santo Angel de la Guarda y S. Bernabé; al final se encuentra la de Nuestra Señora del Sagrario, construida en tiempo del obispo D. Enrique Pimentel en 1634. El material es de jaspes de los de la Sierra de esta provincia; tiene tres retablos de madera, cuya arquitectura es de órden corintio con columnas de no mal gusto; en el sitio principal del mayor se venera la imágen de bulto de Nuestra Señora con el título del Sagrario, la que es tradicion dejó en

esta ciudad el rey D. Alonso VIII cuando entró en la misma. El del lado de la epístola es una pintura de S. Julian, y el del evangelio otra con la Natividad y presentacion al templo de Nuestra Señora, ambas de bastante mérito. A continuacion se encuentra la sacristia principal de la iglesia adornada con bellos ornamentos de oro y plata, hermosas pinturas y excelente cajoneria de nogal: entre esta pieza y la capilla anterior se ha construido un panteon en el que se ha colocado el cuerpo del Excmo. é Ilmo. Señor obispo D. Ramon Falcon.

Despues de la sacristia sigue la sala capitular que tiene su entrada por la iglesia y en cuya segunda puerta hay una magnífica fachada compuesta de cuatro columnas; en el segundo cuerpo está representado el nacimiento del Señor, en figura de mediano tamaño de excelente escultura, con otras figuras alegóricas de las virtudes teologales, y en los intercolumnios las de las cuatro cardinales; esta sala es espaciosa cubierta con artesones ó zaquizames de madera de mucho trabajo é invencion. La silleria es de nogal con pilastras del órden jónico, y sobre su cornisa hay un apostolado de figuras mayores que al natural.

Siguiendo la vuelta en medio del semicírculo que cierra la cabeza del templo se encuentra la capilla de Santa Elena que la decoró y reformó D. Constantino Carrillo, dean de esta catedral: el altar de madera de nogal trabajado con toda perfeccion y adornado con infinitas labores grotescas. Inmediata á la anterior y mas bajo que su piso y el de la iglesia está la llamada Onda, que solo tiene de notable su techo ó zaquizames, bien ordenado y de un mérito y trabajo sobresaliente. Sigue la de Nuestra Señora del Socorro fundada y dotada por el bachiller Gonzalo Gonzalez, canónigo de esta catedral; despues contra la pared del semicírculo hay colocado un altar pequeño de buena arquitectura y órden corintio con cuatro columnas, y en su centro una efjie de talla de Nuestra Señora y en el segundo cuerpo un Ecce-Homo. A continuacion está la capilla de la Asuncion, que llaman del dean Barreda, fundada por Gregorio Alvarez; en su altar principal se ven pinturas antiguas de algun mérito y una inscripcion que dice: *D. Juan Barreda dean canónigo de Cuenca, dejó la salve que se dice en el coro los sábados y otras festividades, que murió de 95 años en el de 1624*. La reja de hierro de la entrada á la espresada capilla, es de bellísimo trabajo con cuatro columnas corintias y una infinidad de labores hechas con delicadeza y gusto. Sigue la de Santiago que es la parroquia; en ella hay dos sepulcros con estátuas de marmol, una de D. Alvaro Martinez, obispo de esta diócesis, y la otra de un caballero de la órden de Santiago con hábito capitular.

Continuando la vuelta al lado del evangelio y de la capilla mayor, está la nombrada de los caballeros y de los Albornoces, de la que es patron el Sr. Marqués de Ariza y Estepa; corta la nave del templo, lo cual causa grande deformidad. La fachada de la entrada principal está trabajada en piedra blanca con inteligencia, con varias labores y trofeos militares y en su frontispicio se vé escrito *victis militibus mors triumphat* terminando con un esqueleto humano hecho sobre la piedra, de bastante mérito: tiene interiormente esta capilla dos altares y en ellos algunas pinturas nada despreciables del maestro Hernando Yañez. Al lado del

evangelio hay dos urnas sepulcrales de marmol, sobre las cuales están dos figuras de lo mismo tendidas y del tamaño natural con armaduras militares, ambas esmeradamente cinceladas, representando la primera á D. Gil Alvarez Albornoz, padre del cardenal del mismo nombre y la segunda á D. Alvaro Carcia de Albornoz hijo del D. Gil. En el pavimento de dicha capilla, frente del altar de la Piedad está el sepulcro de Doña Teresa de Luna madre del espresado cardenal: la tarima del altar de la adoracion de los Reyes, es una lámina de bronce primorosamente adornada. Inme-

diata á la anterior y junto á la nave del templo, hay otra capilla dedicada á Nuestra Señora de la Asuncion; la fachada de su entrada y enverjado de hierro son de mucho gusto por la multitud de labores y esculturas que la decoran: próximo á este sitio se encuentra la magnífica entrada al claustro, obra de Jamete, famoso artifice, segun Martin Bizo: el que desee tener una idea completa de esta obra puede consultar á Ponz en sus viajes tomo III. Al lado de dicho claustro se encuentra la capilla de Santa Catalina, luego la de S. Bartolomé y la de S. Juan cuyos altares son de buena ar-



Puente de San Pablo.

quitectura de orden corintio; hay en ellas varias pinturas de buen gusto de Cristobal Garcia Salmeron, natural de esta ciudad, y por último la de S. Miguel, de escaso mérito. Hay además otras varias dedicadas á San Julian, S. Mateo, S. José, S. Fernando y la Visitacion de Nuestra Señora, mas no encontramos en ellas ninguna obra notable.

El coro antiguo de esta catedral estaba desde el crucero principal del templo hasta la capilla mayor; pero en tiempo del Ilmo. obispo D. Flores Osorio, se construyó el que actualmente se vé desde dicho crucero para abajo retirándolo mas del altar mayor; la si-

llera es de nogal y aunque está bien trabajada su forma no tiene el mejor gusto.

Antes determinar la descripcion interior de este templo nos vemos obligados á dar una idea lijera de su altar mayor y el de S. Julian, llamado transparente; la invencion fué del famoso arquitecto Ventura Rodriguez, ejecutado con jaspes de los de la Sierra de esta provincia y del verde de la de Granada, trabajados con mucho esmero y limpieza; el mayor consta de cuatro grandes columnas de jaspe morado con manchas blancas de orden corintio, y en el sitio principal una gran medalla de marmol que representa á

Nuestra Señora con el niño en brazos, con dos ángeles, ofreciendo uno algunas flores y lo demás decorado con una cortina de perspectiva de ángeles y serafines. En los intercolumnios sobre unas repisas dos estatuas del mismo mármol representando á S. Joaquín y Santa Ana; corona el altar un cuerpo ático y en su medio una figura de aquella clase de piedra con varios ángeles que fueron trabajadas en Génova con todo esmero; las basas, capiteles y otros ornamentos son de bronce dorado bien rematados.

La capilla de S. Julian es toda de jaspes con dos bellas columnas de lo mismo, traído el material de las Sierras de Granada; en medio sobre la mesa del altar se halla trasforado el sitio donde está colocado el cuerpo del Santo en una urna cubierta de plata, con una reja de bronce dorado con diferentes caprichos.

El claustro y jardín que hay fuera de la iglesia en direccion del Norte es de órden dórico: las columnas resaltadas en los dos tercios de su diámetro, con cinco arcos espaciosos en cada cara de sus cuatro lados; la materia es piedra firme de color parduzco oscuro. Contiguo á la catedral estan las casas episcopales, y aunque la habitacion de los Señores obispos no es mala lo demás carece de una buena ordenacion, como que se ha hecho con agregaciones de otros edificios y en distintos tiempos.

Llama justamente en Cuenca la atencion el famoso y lindísimo puente de S. Pablo, que tiene 100 pies de elevacion.

Segun datos oficiales hay en esta poblacion y su término 1504 vecinos 6037 habitantes.



MEMORIAS DE UNA BELLA.

Novela sui géneris

I.

PELIGROS DE LAS CERRADURAS.

«¡Conozco que al fin me he fijado! ¿Será cierto que jugando yo con el amor, juega ahora el amor conmigo?.....»

Empujaron la puerta del aposento, pero esta no

cedió porque el cerrojo lo impedía. Neolia se estremeció y dejando la pluma, cerró el cuaderno donde escribía las palabras con que empieza esta novela, é incontinenti, aquel cuaderno fué á suirse entre la ropa de uno de los cajones de la cómoda. Volvieron á llamar: Neolia oyó su nombre y corrió á abrir, no sin detenerse un momento delante del espejo para arreglar su peinado, porque habia conocido la voz del que llamaba: era la voz de su primo Isidoro.

—¿Qué hacías tan encerrada, Neolia?

—Acababa de vestirme.

El jóven se sonrió y dijo:

—Tu padre me manda de embajador para preguntarte si quieres salir con él: hace buen día de paseo.

—Iré.... ¿Vendrás con nosotros?

—No: he mandado ensillar mi caballo, pues voy con otros amigos á correr un poco.

—Acabarás por matarte, Isidoro.

—¿Qué quieres, prima!.... A los jóvenes les gusta divertirse. ¡Adiós bella!

Y salió tarareando el aria final de *Lucia*.

Neolia le siguió con la vista, y cerró la puerta. Sacó el cuaderno que habia escondido en la cómoda y en una página escribió estas dos palabras, con letras grandes:

«¡LE AMO!»

Volvió á dejar el manuscrito en la cómoda y acabó de hacer su *toilette* de paseo.

Isidoro avisó á su tío que Neolia lo acompañaría y entró en su cuarto; allí se dejó caer en un sillón, encendió un cigarro y exclamó:

—¡Es bien extraño! Neolia que era tan vivaracha, se está volviendo taciturna y ya no busca las diversiones. Las muchachas son el diablo! Gozan antes de tiempo y acaban por entristecerse. ¡Ba! ¡ba! mi prima es la muger mas coqueta de la corte! no pasa día sin que me encuentre un nuevo centinela en la calle.... se cruzan las epístolas perfumadas y no sé como puede contestar categóricamente, pues recibe mas memorias que un ministro: Neolia lo entiende! ¡Oh! y mi prima es un verdadero *bocato di cardinale*! Diez y ocho años, con un corazón á ochenta grados, una cara de miniatura, un cuerpo contorneado, un pié de medio pié, graciosa, satírica por demás, y con un millonaje por lo menos.... Hé aquí el retrato de Neolia! Es coqueta! pero ¿qué muger no lo es á los diez y ocho años?... Si yo fuese hombre racional y no temiese tanto al matrimonio, á fuer de primo, antes que acabara el año de 1847, que empieza ahora su curso, podía ser Neolia.... pero vuelvo al sendero de la virtud, de donde me extravió un mal pensamiento.... Ahora me acuerdo que la he visto por el ojo de la cerradura, y estaba escribiendo; ¿qué sería? Si le serviría aquel cuaderno de borrador para sus cartas... ¡Las cartas de los amantes son divertidas!... Neolia guardó el cuaderno en su cómoda, nada quise preguntarla por no ser indiscreto, pero en cuanto salga juro que he de pasar un buen rato á su costa.

Isidoro tenia veinticinco años; su viveza de genio, sus modales, su locuacidad y su figura constituían un jóven del gran mundo; huérfano, educado en Francia, y viajero por Europa, sin mas ley que su capricho, habia derrochado gran parte de su caudal en los placeres, y encontraba en el fondo de su copa el escepticismo que se bebe en las fuentes del mundo, cuando ansioso de correr se llega á ellas. Era jovial en extremo, y aunque trasplantado á países extranjeros, conservaba la intrepidez y la gracia de los hijos de Andalucía, su país natal. Habitaba temporalmente en compañía de su tío, el padre de Neolia, que habia sido su tutor.

Vió Isidoro desde el balcon que salian su tío y Neolia, y corrió al cuarto de esta, donde se encerró. Trató de abrir la cómoda y buscó las llaves, pero fué en vano; se desesperaba ya, cuando le ocurrió la idea de registrar el vestido que acababa de quitarse su prima.... ¡Cantó victoria! allí estaban las llaves.

Abrió el cajon de la cómoda, levantó la ropa con cuidado y sacó el cuaderno.

En la primera página decia:

«MIS MEMORIAS.»

Quedóse el jóven estupefacto, hojeó el manuscrito, y exclamó riendo á carcajadas:

—¡Já! ¡jál! ¡jál! que hallazgo!... las memorias de una muchacha de diez y ocho años!... A mi prima se le ha vuelto el juicio! Esto es digno de ser leído muy despacio! Neolia es una muger á la moda!

Escondió el manuscrito entre su bata, dejó todo arreglado y salió!

II.

IMPRESIONES DE MUGER.

Abrió Isidoro el manuscrito y leyó desde la primera página lo que sigue:

«Ya soy muger! mi padre me ha dicho que vá á presentarme en el mundo. Ya tengo la edad y desde hoy uso el traje largo como las mugeres. ¡Qué regocijo!... No tendré que envidiar á mis amigas de colegio que por ser mayores asisten á todas partes y me cuentan maravillas... ¡Cuando una niña llega á ser muger puede gozar de todo, la obsequian los hombres, la distinguen y la llaman linda!... ¡Qué alegría debe darme cuando me llamen linda y sobre todo, cuando lo diga un hombre... ¡Oh! y me lo dirán!... tampoco faltará algun jóven hermoso que me persiga! No distingo á los hombres, pero me complacería que me hablase de amor uno que se pareciese á aquel retrato que hay en la sala; á Abelardo; ¡qué bonito es! Yo he soñado muchas veces con Abelardo! El se arrojará á mis pies, me jurará una pasión eterna!... He leído en las novelas que el amor es la vida ideal de la juventud: ¡yo necesito amor!

«Cuando mi Abelardo se declare, lo querré, por supuesto, lo querré, procurando no dormirme, porque sé que con insomnios empieza el amor; le veré siempre y nos entenderemos con los ojos... ¡Qué dulce debe ser comprenderse dos amantes con una mirada! Yo no sé lo que tengo de hacer, pero en cuanto se descuide mi padre, le cojeré la llave del estante de sus libros, para leer, cuando no me vea, uno que se titula *Arte de amar*, pues él me pondrá al corriente. Poco mas ó menos me dirá mi novio que su suerte depende de una palabra mia, que él ha nacido para mí y yo para él; despues me amenazará con suicidarse sino le doy mi mano... ¡Qué horror! ¡Había yo de permitir que un jóven hermoso se matase por no complacerle en un deseo, hijo del cariño? ¡Sería un crimen! Mis padres no se opondrán y si se opusiesen, me roba mi Abelardo y nos casamos de una manera romántica. ¡Qué bello panorama!... ¡Oh! y no podrá menos de suceder así! ¡Qué muger no se casa? Es verdad que muchas amigas mías estan solteras y aunque son feas, aseguran que no se han casado por no haber querido contraer obligaciones. ¡Qué tanta es la muger que no se casa!...

«No tengo á quien participar mis impresiones y las escribo. Quizás mañana la edad me haga variar de ideas, y tendré gusto en recordar lo que siento hoy. Poco á poco iré consignando mis memorias en el papel. Hoy toda muger las escribe; en la boardilla habita una vieja que mendiga todo el día para comer un pedazo de pan, y me ha dicho que está escribiendo sus memorias. ¡Infeliz! ¡Qué pensamientos tan rancios encerrarán! ¡Qué ha de sentir una muger de setenta años, que todos los días hace lo mismo, que no tiene un hombre que la galantee, y que no es bonita?... Cuando la muger envejece debiera morir!»

«Escondere mi cuaderno para que nadie lo lea... Despues que me case, lo quemó ó se lo regalo á mi marido, porque en él irán retratados los impetus de mi corazón.

«Son las dos: tengo que vestirme para ir á Atocha. Hoy es la primera vez que salgo á paseo con mi padre: hasta ahora iba con mis condiscipulas á la Fuente Castellana ó con mi criada á la plaza de Oriente.

«Me voy á vestir! Qué bonito sombrero voy á estrenar! Me lo probaré delante del espejo... ¡Qué bien me está! Ya sube la doncella: guardaré mi manuscrito.»

Isidoro alzó la vista y bajó el cuaderno: quedóse

un instante reflexivo, y moviendo luego la cabeza, dijo entre dientes.

—¡Mi prima Neolia tiene talento! ¡Pobrecilla! comprende el amor como una necesidad!... Quiero copiar este cuaderno!

III.

LA ATMÓSFERA ENVENENADA.

«Ya he puesto el pié en el teatro del mundo; no me había engañado; ¡qué fascinador es ese mundo! ¡Cuántos, encantos para una niña que llega á ser muger! Es imposible que traslade al papel las sensaciones que he experimentado en estos últimos quince días. La alegría me ha hecho olvidarlo todo, hasta mi pobre libro que con tanto entusiasmo había empezado: no sé si recordaré hora por hora lo que por mí ha pasado.

«La primera noche que salí con mi padre, fuimos al Circo: había ópera nueva y el teatro rebosaba de gente: lo miré todo con curiosidad, con avidez, ¡aquel mundo era deslumbrador! Desde mi palco creía tener á la vista una ilusión de óptica: aun no había olvidado uno de esos cuadros sorprendentes del diorama, que tanto se acercan á la verdad, pero me pasó la mano por delante de los ojos y comprendí que aquello no era falso.

«Los jóvenes que ocupaban las lunetas dirigian los anteojos á nuestro palco y hablaban en voz baja: no sabía cual era el objeto de aquellos murmullos, pero me los explicaba cierta emoción interior que yo sentía: el amor propio satisfecho. El instinto de la muger y el espejo me hacian adivinar que era bonita, y me alegraba por mí misma, pues no había tenido todavía ocasión de comprender que la hermosura propia es una luz que sirve para alumbrar á otros. Algunos amigos de mi padre subieron á complimentarme, prodigándome cuantas frases encierra el diccionario de la galantería: solo diré que me hallaba contenta; las flores agradecen el rocío, los animales las caricias y las mugeres las lisonjas. Me retiré del Circo ansiosa de mundo.

«Los siguientes días, mi padre me llevó al Prado, á visitas, á reuniones y cada vez me he encontrado mas halagada entre esa atmósfera que de todas partes me trae, como ecos de voz general, estas palabras «*qué linda es!*» Me complace mirar de reojo á las personas para quienes no paso desapercibida, y no sé esplicar por que siempre que las encuentro, sirve una dulce mirada mia de pago á aquella espontaneidad tan favorable á mi físico.

«El domingo último gocé de los encantos del primer baile: para presentarme, había agotado toda la ciencia de la *toilette*, vistiéndome con elegancia. Al entrar en el salon conocí que había *dado golpe*, como suele decirse: una turba de mozalvetes corrieron hácia mí, para felicitarme, exigiéndome cuanto se bailase: á los pocos momentos estaba comprometida para toda la noche.

«Me era indiferente bailar con cualquiera, pues todos me decian lo mismo. Despues de dos rigodones y un vals, anunciaron una polka: mi pareja fué á reclamarme: era un joven de diez y ocho años alto, esbelto, rubio, con su naciente bigote y cabello ensortijado: esta vez bailé, atendiendo mas á él que al compás: demostraba ser intrépido, pues me acosaba con un sin número de alabanzas, que aunque aparentaba oír con disgusto no me parecian mal en su boca. Concluyó la polka y confieso que fué muy corta: hubiera deseado estarle oyendo toda la noche. Buscó un asiento para mí, donde hubiese otro vacío, y se sentó á mi lado: allí me aturdia con frases que me eran desconocidas: me juró que desde que me había conocido, no había descanso para él, y que era desgraciado porque me amaba. Yo no contestaba, porque no sabía que decirle y acaso porque me embelesaban sus palabras, acordándome de mi Abelardo, y de las novelas que había leído.

«Antes de levantarse, deslizó un papel por debajo de su sombrero, que fué á caer entre mi pañuelo y mi abanico: me estremecí, pero me suplico que lo guardase pues lo traía escrito para mí. Bajé los ojos un instante y reflexioné: la reflexión á los quince años protege al amor, y envolviendo el billete entre el pañuelo, finjé que me componía una flor del cabello, y lo deposité entre el pecho y el traje. El jóven, que no había dejado de mirarme, se sonrió, y fué á hablar con sus amigos, sin duda para no llamar la atención. Creía no haber dado un mal paso, porque inocente juzgaba que después de leído el papel, podría devolverlo, si me complacía.

«Salí del baile afectada, y el jóven me siguió hasta dejarme en casa; al entrar, volví la cabeza para despedirme de él, señal que comprendió, porque fui correspondida.

«Aquella noche dormí poco; sentía una inquietud inexplicable: había leído el billete de Teodosio, que así se firmaba el jóven del baile, y su declaración, escrita con fuego, me había alterado. ¿Estaba yo dispuesta á corresponder á Teodosio?... ¡Hé aquí la lucha que me atormentaba!

«Muy tarde pude dormir algunos instantes y soñé con Abelardo, creyéndome Eloisa.

«Así han pasado los primeros quince días de mi nueva vida.»

IV.

UNA COQUETA FASHIONABLE.

«¡Ay! ¿por qué tendrá una mujer el corazón tan impresionable? Amé á Teodosio, desde la noche que lo conocí. Le amé, sí; ¡qué deleite experimentaba en verle por entre las persianas, espuesto en medio de la calle al rigor de la temperatura, al rigor de las miradas de la vecindad y sobre todo, al rigor de mi padre! ¡Cuanto amor necesitaba sentir para arriesgarse así! Todo este sacrificio era pagado con una tierna mirada que á hurtadillas le lanzaba, saliendo al balcón con cualquier pretexto. Mi criada era la encargada de la correspondencia, y día hubo que me traje doce partes del cuartel general del amor, establecido provisionalmente en un portal de mi calle.

«Dos meses hacía ya que seguía esta vida de desvelos y amor, cuando varió de rumbo el timón de mi cariño. Mi padre que empezaba á concebir sospechas de una cosa que sabía todo Madrid, trató diplomáticamente de desacreditar á Teodosio, retratándolo delante de mí con los colores mas feos para conseguir desimpresionarme: pero en vano, porque cada día buscaba por entre los cristales su figura incrustada en la fachada vecina, con la ansiedad que el marino observa el horizonte para descubrir la tierra querida. Repito que nada hubiera alcanzado, si mi amor propio herido no hubiese puesto término á esta pasión, que había concebido como símbolo de la eternidad verdadera; una mañana recibí una carta anónima concebida en estos términos:

«Neolia: quien bien te quiere, te aconseja que des al olvido á Teodosio: es un fatuo que reunido con sus amigos en el café, lee tus cartas en alta voz, celebrando báquicamente sus triunfos; eres el objeto de la burla de una docena de niños verdes que tienen por carrera todos los vicios. Sigue mi consejo y serás feliz.»

Es imposible describir mi despecho. ¿Sería Teodosio tan miserable? Aquella carta calmó mi amor y tomé una resolución violenta. Aquel día no salí al balcón y le devolví sus cartas, pidiéndole las mías, pero no pude recuperarlas. ¡Lloré amargamente! ya había experimentado el desengaño. ¡Había sido muy cruel mi primera lección de amor!

«Mi padre no se dió por entendido. A los pocos días salí para distraerme; no había doblado la esquina de la calle, cuando divisé á Teodosio, que se acercaba con un amigo. Me miró descaradamente y á los ojos; después, sin saludarme siguió riéndose con el que le

acompañaba. Noté que mi padre me observaba y afectó serenidad, aunque me consumía la rabia. Teodosio no me había amado. ¡Hé aquí la tumba de mi primer amor!

«El tiempo todo lo borra y pronto ha sucedido otra pasión á la de Teodosio. Se ha empeñado el vulgo en llamarme bella, y seré franca, lo creo así. Por convencimiento acaso, por sistema ó por un desengaño, me he hecho coqueta. ¿Acaso hay placer mayor que atraer un corazón con una mirada, rendirlo con una palabra, y hollarlo después con un desden? La mujer ama la variedad: esto es muy sabido; yo me complazco en cambiar los amantes como cambio los abanicos, luciendo uno distinto en cada parte. ¡Es tan bello oírse adulada de tantos modos! Para el amor lo mismo que para la guerra cada cual tiene su táctica particular, llevando todos el mismo fin: vencer. Cuando me asomo al balcón, tengo algo que admirar y que me llame mas la atención que la naturaleza: uno de esos hombres-postes que se engañan á sí mismos. Mi coquetería me entretiene y me he convencido que valen mas cinco que cuatro; si se me preguntase ahora á cual de mis apasionados amo, no sabría contestar. A Teodosio lo quiso mi corazón: á mis amantes de hoy los quiere mi capricho; dice bien Lord Byron, que en la primera pasión la mujer ama á su amante: en las demás ama solo al amor.»

V.

PERJUICIOS DE ESCRIBIR UNA MUJER SUS IMPRESIONES.

Isidoro dejó un instante el cuaderno para reflexionar sobre lo que había leído, y después de jugar un momento con las borlas de seda de su bata, encendió un cigarro y sonriéndose, exclamó:

—¡Adelante! esto es muy curioso!

Apoderóse del manuscrito y leyó:

«Ha pasado mas de un mes sin que tome la pluma, porque no he encontrado que escribir: siempre las mismas sensaciones, con mas ó menos peripecias amorosas. Hoy tengo que consignar en mis memorias una impresión nueva. Anoche ha llegado de París mi primo Isidoro á quien no conocía.»

El jóven interrumpió su lectura, y dijo para sí:

—Neolia se ocupa de mí; esto me interesa algo mas!

«Mi primo Isidoro vale mucho como hombre: es imposible sostener la mirada penetrante de sus grandes ojos negros; su cutis moreno, su melena rizada y la expresión de su fisonomía revelan una naturaleza ardiente, firmeza de carácter y una viva imaginación. Me abrazó y me estremecí á mi pesar. Estuvo hablando con mi padre mucho tiempo y me cautivaron su locuacidad y sus modales desenvueltos; después me retiré á mi cuarto con sentimiento y toda la noche me ha parecido estar viendo en la oscuridad el brillo de sus ojos. ¡Isidoro habrá dormido? ¿Se habrá acordado de su prima?

«Hoy me he avergonzado delante de Isidoro, porque temía que adivinase mi secreto; al sentarme á la mesa me ha llamado hermosa, y durante el almuerzo he sorprendido algunas miradas que de vez en cuando me dirigía. ¡Estoy sufriendo!... ¡Han llamado! debe ser Isidoro que vuelve de la calle. Dejo la pluma, pues se acerca la hora de la comida. ¡Voy á verle otra vez!»

Al llegar aquí, Isidoro se puso en pie, absorto, y con el aire de un calavera triunfante, dijo:

—¡Necio de mí! Neolia me ama y la dejo sufrir! ¡Soy un estúpido!... ¡No haber conocido esa pasión!... ¡Oh! y rendir una coqueta es la empresa mas árdua que ha llegado á mi noticia! ¡Vamos! soy el hombre mas afortunado... pero se hace tarde! Neolia y mi tío deben volver pronto del paseo y tengo que acabar de leer el manuscrito para depositarlo en su escondite y meditar mi plan.

Isidoro se recostó en el sillón y continuó:

«¡Soy muy infeliz! Isidoro no se explica y no quiero convencerme de que puedo serle indiferente. Isidoro es muy cruel conmigo, y se complace en atormentar-

me; amenudo le oigo referir lances amorosos de sus viajes: el despacho me ahoga entonces y no sé á que atribuirlo; si estuviese convencida de que le amaba, lo juzgaría celos. No extraño sus triunfos, pues no es fácil que ninguna muger resista á sus atractivos y á su lógica; no comprendo lo que siento por él, pero ya prefiero la soledad de mi casa al bullicio de los salones, y no procuro que mi padre me lleve á los teatros y al paseo.... ¡Me encuentro tan complacida mirándolo! No salgo ya al balcón: me disgustan los hombres y devuelvo sin abrir los billetes que me envían; tengo orgullo en colocarme con gracia un adorno para oírle decir que me sienta bien.

«Pasan los días y me consumo. Isidoro sigue siendo el mismo.... ¡Esperaré!... ¡Conozco que al fin me he fijado! ¿Será cierto que jugando yo con el amor, juega ahora el amor conmigo?.....»

Isidoro vió con sentimiento que en aquella página concluía el manuscrito: en la siguiente solo decía con letras grandes:

«LE AMO.»

El joven cerró el libro y cruzó los brazos meditando.

VI.

COMEDIA, DRAMA Y TRAGEDIA.

Abrióse la puerta del aposento y apareció en el umbral una muger: era Neolia; el joven quiso esconder el cuaderno, pero vió que le era imposible y quedó un momento aterrado. Neolia se adelantó con gravedad y cogiendo el manuscrito de manos de su primo, le dijo:

—¿Esta acción es infame, Isidoro, é indigna de tí!... ¿Has leído todo lo que contiene?

—No, contestó el joven.

—¡Mientes! me he vendido, pero bástete saber que te desprecio ya.

Neolia dió algunos pasos hacia la puerta, pero Isidoro volvió en sí y corriendo á interponerse, dijo en tono solemne:

—Prima mía, hice mal, pero ya que la casualidad nos encuentra solos, escúchame un instante.

—No puedo.

—No me condenes sin oírme, Neolia; aparezco á tus ojos como un miserable, pero me sinceraré..... Siéntate.

La joven sin considerar á lo que se esponía, no dudó en aceptar el asiento que le brindaba su primo y apoyó la cabeza en una de sus manos.

Hubo un momento de silencio. Isidoro, como hombre experimentado, como hombre de mundo apuntó sus palabras para no ser sorprendido y calculó el modo de tender la red para que el pez no se escapara. Al fin dijo:

—Neolia, he leído tus memorias; pintarte las emociones que he sufrido sería imposible, pero te juro que cuanto dices en ellas no me admira. Yo te amaba desde el primer día que te vi y comprendía que era correspondido.

—¿Tú me amabas? Y esa indiferencia?...

—Era estudiada. Necesitaba una prueba mas clara y por eso he abusado atreviéndome á leer tus impresiones; hoy te ví escribir por la cerradura y adiviné que este papel podía revelarme algo.

Neolia lanzó un suspiro que algunos hubieran podido equivocar con un sollozo. Isidoro se animó.

—Si pudieses leer en mi corazón como yo he leído en tu cuaderno, encontrarías las mismas ideas reproducidas; mi corazón es una copia del tuyo; en los dos se abriga un sentimiento que se ha dividido en dos partes.... El amor nos había impedido entendernos: era una barrera puesta entre el arrojo y la timidez....

—¡Calla, Isidoro, calla!... ¡Ay de tí si me engañas!

—¡Engañarte yo! Neolia, te idolatré! he sufrido en silencio, pero ahora lo sabrás todo, sí, todo.

El sillón de Isidoro se hallaba ya junto al de su prima: esta se ahogaba y se estremecía.... Puso entonces su mano derecha sobre el corazón que se le saltaba. El, fingiendo un amor que nunca había sentido acechaba á la víctima como el tigre hambriento, deslumbrándola con el fuego de sus ojos; ¡infeliz! no sabía

el mundo que separa el amor del deleite!... Neolia temblaba, sin conocer la causa. Isidoro se apoderó de una de sus manos, y la comprimió entre las suyas. Neolia no podía hablar: el sobresalto y el amor le embargaban la voz.

Isidoro se atrevió á llevar sus labios á las mejillas de Neolia: esta dió un grito. El mismo fuego que la abrasó, le hizo comprender por un instinto natural que se hallaba al borde de un precipicio, y reuniendo todas sus fuerzas, abatidas ya, se puso en pie, rechazando á su primo. Isidoro no cedió el campo: le vió bajar las manos, fijar los ojos en el suelo y la enlazó con los brazos.

El grito de Neolia la favoreció; la puerta volvió á abrirse y apareció el padre de la víctima.

Isidoro quedó inmóvil; ella se cubrió el rostro y el anciano se adelantó hacia su sobrino; le cojió por el cuello de la bata y le dijo:

—¡Eres un miserable! Un momento mas, y hubieras echado un borron sobre tu misma familia. No quiero hacer pública tu infamia, que me perjudicaría; mañana marcharás otra vez á Francia; no puedo tener en mi casa á un libertino como tú.

—No saldré de Madrid, respondió Isidoro con entereza.

—Sí; abandonarás tu patria, porque no podrás consentir la deshonra de mi hija; yo sé que no tengo derecho ya sobre tí, pero me obedecerás.

Isidoro se dirigió á su tío, después de un momento y le dijo:

—Conozco la razon: mañana me pondré en camino.

Neolia siguió á su padre que la llevó del brazo.

Isidoro cerró la puerta de su aposento, frunció las cejas y levantando un poco los hombros, exclamó:

—¡Un paso en falso!... ¡Y es preciso marcharse! Estos viejos son implacables y mi tío sería capaz de morir por su rancia idea de deshonra... ¡Bien! mañana emprenderé mi viaje y volveré á ver las deliciosas márgenes del Sena.

Encendió otro cigarro y se puso á fumar tranquilamente.

VII.

EPÍLOGO Ó COMO QUIERA LLAMARSELE.

Sé que dirían las lectoras si quedase la novela en este estado, que las dejaba en curiosidad; es muy justo complacerlas, y voy á decirles lo que ha sido de los protagonistas, héroes ó personajes; sin valirme de los comisarios de barrio me ha sido fácil saber el paradero de cada cual. Neolia y su padre siguen viviendo en Madrid: él, con un año mas, y ella, con una ilusión menos; él, leyendo la *Gaceta* y el *Diario* despues del almuerzo, y ella, dejándose magnetizar con las miradas de un capitán de caballería, que ciego con el amor y ciego para el amor se dispone á enlazarse al primer cambio de la estacion. Ella, aunque hermosa, lo ha prendido con su dinero, y él por el dinero se ha dejado prender.

Isidoro sigue en París, sin haber sentado la cabeza; desde que supo que Neolia se casa, proyecta un viaje á España: aun no ha olvidado la lectura de las memorias de su prima.

A propósito de memorias ¿qué ha sido de ellas? A esto contestaré que pasaron como pasaron los amores y las impresiones que las habían inspirado.

TEODORO GUERRERO.

LA AURORA, semanario de literatura y artes, periódico local de las Islas Canarias; se publica todos los domingos en Santa Cruz de Tenerife. Cuesta al mes 4 reales.

REVISTA POPULAR, periódico literario, se publica todos los sábados en Lisboa con grabados por artistas portugueses. El precio de suscripcion es 14 reales por tres meses.

L' ALBUM, revista literaria, con láminas en cobre, sale á luz semanalmente en Roma. Cuesta en Madrid 20 reales por trimestre.

A todas estas publicaciones se suscribe en las oficinas del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

MADRID 1848—IMPRENTA DE D. BALTASAR GONZALEZ.